



Cuerpos inma



duros

La adolescencia es, fundamentalmente, un periodo de rápido e intenso crecimiento físico acompañado de profundos cambios en todo el organismo. En el ritmo y grado de estos cambios se observan amplias variaciones individuales; pero el orden sucesivo en que ocurren es relativamente consecuente en ambos sexos.

El hecho de que las transformaciones propias de la pubertad se manifiesten en todos los seres, cualesquiera que sean las condiciones en que viven, tiende a probar que

se trata de un fenómeno de determinación interna ligado a la cualidad misma de la materia viva de que se compone nuestro cuerpo. Para comprender la naturaleza de los mecanismos que intervienen en esta transformación, distinguiremos cuatro procesos.

Cuatro procesos

El primero es cerebral. Preferimos este término al de «nervioso», pues éste es un tanto vago y da lugar a falsas interpretaciones. Al expresar que el primer proceso es cerebral queremos decir que el comienzo de la «operación pubertad» tiene su punto de partida en el cerebro. Es de la zona central de éste, más concretamente, de la región del hipotálamo, de donde parte la incitación. Todas las investigaciones efectuadas hasta la fecha hacen suponer que esta zona del cerebro debe llegar a su estado de madurez para que comience esta larga cadena de fenómenos que tendrá como resultado la imagen definitiva del hombre adulto.

El segundo proceso es de tipo endocrino. Se trata de una glándula de secreción interna que vierte el producto que fabrican sus células directamente en la sangre y no en una cavidad exterior. Esta glándula es minúscula y está situada muy próxima a la zona que hemos citado anteriormente, en la base misma del cerebro. Su nombre es hipófisis. A partir del momento en que le es transmitida cierta orden, probablemente por medio de una secreción que procede de los centros cerebrales, la parte anterior de la hipófisis va a «lanzar a la circulación» unas hormonas que tienen un fin concreto:

El tercer proceso, en el que intervienen las glándulas suprarrenales y las glándulas sexuales.

En los fenómenos de la pubertad hay muchos puntos semejantes en ambos sexos: aumento de talla y de musculatura, aparición del bello al nivel del pubis y de las axilas, etcétera. Estas analogías obedecen al hecho de que la secreción de las cápsulas suprarrenales es la misma en los dos sexos.

Las glándulas sexuales tienen una doble función: una interna y otra externa que está, por otra parte, bajo la dependencia de la primera y que consiste, esencialmente, en formar células reproductoras (espermatozoides en el varón y

óvulos en la hembra). La entrada en función de estas hormonas va a revolucionar profundamente el organismo, ya que circulan a través de la sangre y todo el cuerpo está impregnado de ellas.

El cuarto proceso se refiere a los tejidos receptores. Algunos tejidos muestran más afinidades que otros respecto a las hormonas sexuales: si a los varones les sale la barba, es porque la piel del rostro contiene unos receptores de hormonas masculinas. Entre estos receptores figura el cerebro mismo. Es una de las razones por las cuales, cuando aparecen las hormonas sexuales en la sangre, el comportamiento del individuo se modifica.

Sin querer entrar en otros detalles fisiológicos, recordemos que se trata de un sistema cerrado y abierto, a la vez. Es cerrado porque, de forma permanente, existe un estado de equilibrio entre los diversos procesos. Así, cuando el porcentaje de hormonas sexuales aumenta demasiado, baja el de las hormonas producidas por la hipófisis, encargadas de estimular su secreción, a modo de compensación. Por otra parte, se trata de un sistema abierto; abierto a todas las influencias, físicas y humanas, por mediación del cerebro. Esta zona cerebral, de donde todo parte, no está al abrigo de las influencias exteriores y, especialmente, de las influencias psicológicas.

El adolescente ante la metamorfosis de su cuerpo

Esta entrada de hormonas sexuales en la circulación sanguínea merece ser estudiada, pues nos permitirá comprender «a lo vivo» uno de los problemas esenciales que se plantean al adolescente: la transformación de su propia imagen.

En primer lugar, destaquemos la importancia de esta imagen del cuerpo que cada uno de nosotros lleva en sí. Es verdaderamente imagen en la medida en que nos reconocemos ante un espejo o en una fotografía. Esta actitud se adquiere ya desde el segundo año de la vida. También somos capaces de representarnos en forma permanente, incluso con los ojos cerrados, la posición de nuestro cuerpo o de alguno de sus segmentos. Gracias a este tipo de conocimiento podemos hacer trabajar todos nuestros músculos para realizar una sola y única tarea. Por otra parte, nos comunicamos con los demás por medio de nuestra voz, y ésta también tiene

una tonalidad y un timbre característicos que contribuyen a hacer de nosotros un individuo con personalidad propia.

Llegado el momento de la pubertad, el adolescente ha conseguido edificar una imagen bastante coherente de sí mismo. Esta imagen es la que va a ser puesta en causa durante la «tormenta» de la adolescencia.

El desarrollo físico significa que el niño ha abandonado el clan de los pequeños y que se incorpora, por lo menos por sus dimensiones, al de los adultos. Cierta número de actividades le van a ser prohibidas en lo sucesivo. Porque es fácil comprender que es más normal, más admisible dejarse acariciar sobre el regazo materno cuando se mide 1'30 m. que cuando se ha llegado a 1'70 m. Esta modificación de talla puede ser ya origen de ciertas dificultades. Nos referimos a los muchachos (pues el hecho es más importante para los chicos que para las jóvenes) que tienen una pubertad retardada, que no consiguen crecer y que sufren de lo que se podría llamar «complejo de bajos». Otros, por el contrario (y esto es más problema para las chicas que para los muchachos) han crecido demasiado a prisa; a los diez años, por ejemplo, tienen la talla de un chico de trece o de catorce y se encuentran torpes y desorientados entre sus compañeros.

Sin embargo, como los diversos fenómenos de la pubertad pueden ser disociados, muy frecuentemente siguen siendo infantiles en el aspecto psicológico, y es difícil, para estos

muchachos desarrollados prematuramente, adaptarse al grupo de los mayores.

El aumento de volumen muscular transforma la silueta. Por otra parte, este aumento corresponde a una mayor fuerza física y es probable que sea ésta una de las razones de agresividad de algunos adolescentes. Puede haber también una disociación entre el crecimiento en altura y el equipo muscular, y ya tenemos ahí la razón de ser de esos adolescentes que se encorvan, que no consiguen mantener su esqueleto derecho, y, casi siempre, extraordinariamente propensos a la fatiga.

Otro aspecto de esta transformación resaldrá, evidentemente, en la aparición de los caracteres sexuales secundarios morfológicos. Pues no es necesario insistir sobre la importancia que reviste el desarrollo del pecho en la adolescente y si lo tomamos como ejemplo es porque es el fenómeno más aparente en la vida social.

Otra de las manifestaciones de la pubertad se refleja en la voz, que adquiere un registro más bajo, siendo más profunda esta transformación en los muchachos. Este fenómeno obedece a que las cuerdas vocales se transforman bajo la influencia de las hormonas masculinas, más numerosas, naturalmente, en el organismo de los varones. La etapa de cambio de voz, puede dar lugar a burlas que disminuyen en el adolescente la confianza en sí mismo.



La afirmación de la personalidad

Paralelamente a esta transformación física se produce una alteración, también dramática, en las relaciones psico-

La personalidad no nace con la adolescencia; pero es cierto que el problema de la personalidad no es el mismo en el niño que en el adulto. Y es este paso de una posición a otra lo que debemos estudiar.

Al niño le cuesta cierto tiempo tomar conciencia de sí mismo. Conoce también, hacia su segundo o tercer año, una especie de crisis de afirmación de la personalidad, período en el curso del cual su comportamiento es particularmente insoportable. Pero, todo a lo largo de la infancia, el ser hu-



lógicas que este muchacho, próximo a transformarse en hombre, mantiene con su familia. Este problema concierne directamente a los padres e importa que no les coja desprevenidos.



mano está en una situación de protección y de dependencia: vive en un mundo aparte, aunque sometido a la voluntad y a la fuerza de los adultos.

En el umbral de la adolescencia se siente próximo a la

libertad, a la cual aspira, más o menos conscientemente, desde hace años: ser libre, independiente, no hacer más que lo que agrada, lo que interesa, no sufrir la servidumbre insostenible de los deberes y de las lecciones. Pero también siente miedo, pues esta libertad se paga: no se puede ser a la vez libre y protegido.

Es éste, sin duda, el aspecto esencial de esta crisis de la personalidad que se manifiesta en el momento de la adolescencia. Está compuesta, a la vez, de una aspiración legítima

cuerpos inmaduros

El miedo de convertirse en hombre

La posición del adolescente no es «toda de una sola pieza»: en sus momentos de optimismo, cuando toma concien-



de emancipación y de un temor, no menos legítimo, ante ese mundo, ciertamente más apasionante que el estrecho ambiente familiar, pero también más amenazador, más impersonal.



cia de su talla, de su musculatura, de su potencia intelectual, desearía lanzarse a la conquista del mundo que se le ofrece, volar con sus propias alas. Pero, al mismo tiempo, muchas dudas y vacilaciones le hacen añorar la tranquilidad

de la infancia que abandona. Empieza a dudar de sus fuerzas, a dudar de sí mismo; querría, aunque no fuese más que por un momento, volver a ser niño; teme el estado de adulto. Esta lucha puede persistir durante años.

Es en estas dos posiciones, la rebeldía y el deseo de seguir siendo niño, donde se sitúa el drama de la adolescencia. Naturalmente, no es nuestra intención el hacer la apología de esta rebeldía. Sólo queremos señalar que es un problema natural en el orden de sucesión de las generaciones.

Las reacciones de los padres

Hasta ahora hemos hablado exclusivamente de los problemas del niño. Es indudable que él tiene un primer papel, en la medida misma en que es de su cuerpo, de su personalidad de lo que se trata. Es verdad, también, que él es un inexperto, cuando sus padres tienen a la vez una experiencia personal (puesto que pasaron por las mismas pruebas) y conocimientos que debían permitirles afrontar esta situación con serenidad y competencia. En realidad, todo sucede de modo muy distinto, pues, si es cierto que los padres han vivido su propia pubertad, es la primera vez que se encuentran exteriormente frente al problema. Por tanto, estudiaremos brevemente algunos puntos de vista erróneos o inexactos y, sobre todo, las particularidades de la posición de padre en el drama adolescente.

Un error frecuente es el pensar que la pubertad lo resuelve todo, como si existiese en el impúber una especie de desequilibrio hecho del silencio de las glándulas. La verdad es muy distinta. Debemos decir que las insuficiencias intelectuales manifiestas en el impúber no desaparecerán en la pubertad. Igualmente, los trastornos de carácter pueden exacerbarse en el curso de este período. Es exacto, sin embargo, que algunos niños mejoran; se trata esencialmente de sujetos infantiles «inmaduros», como se suele decir. Es verdad, también, que la situación misma del adolescente pone al sujeto en presencia de sus responsabilidades: cesa de vivir para el presente y en el presente; el porvenir se perfila ante él y puede, a veces, contribuir a curarlo de cierta tendencia a la pereza.

Pero es sobre todo la posición de los padres ante las dificultades psicológicas lo que querríamos estudiar. Esta posición tiene unas motivaciones más matizadas, más variadas que las del adolescente. En primer lugar, esta posición está determinada, en parte, por la propia adolescencia de los padres, por la forma en que se desarrollaron sus relaciones en aquella época con sus propios padres. Si estas relaciones

les han parecido satisfactorias, tendrán tendencia a actuar como lo hicieron aquéllos veinte o treinta años antes; pero si estiman que no han sido suficientemente comprendidos, tomarán una actitud contraria.

Por otra parte, la posición de los adultos está determinada, en cierto modo, por el clima educativo en vigor en su época y en su ambiente. De la misma manera que los niños se inclinan hacia un prototipo, los padres siguen las líneas de la sociedad en la cual viven. Hay que decir, sin embargo, que las líneas educativas modernas, mucho más que las del siglo último, reposan sobre datos científicos y no sobre principios morales. Inclinan a la comprensión y permiten descubrir lo que, en el comportamiento del adolescente, no es más que un fenómeno transitorio y sin consecuencias, que corresponde a unas aspiraciones legítimas. Pero es cierto que un fenómeno tal como el de los «blousons noirs», independiente de las tendencias educativas modernas, hace surgir dudas, mantiene la ansiedad y plantea unas actitudes coercitivas sistemáticas en presencia de manifestaciones más benignas.

Diremos, por fin, que la posición de los padres está determinada por la naturaleza de las relaciones que les unen a sus hijos y por las esperanzas que han cifrado en ellos. El padre que siempre ha dado prueba, respecto a su hijo, de una especie de liberalismo (mezcla a partes iguales de comprensión y de protección) no encontrará dificultades en adaptarse a las nuevas condiciones creadas por la metamorfosis de la adolescencia. El que, por el contrario, ha cortado, sistemáticamente, toda manifestación de independencia y de originalidad en su hijo o hija, se expone, en el momento en que se produce la pubertad, a una batalla de la que no puede salir vencedor.

Existen, también, los que jamás han sabido o querido hacer uso de autoridad. Estos se sienten confusos ante este interlocutor que les ha alcanzado en talla y, a veces, superado en fuerza. Paradójicamente quieren, entonces, imponer su punto de vista por la fuerza; y ellos también se exponen al fracaso.

No quisiéramos producir la impresión, para terminar, de que, según nosotros, los padres deben inhibirse, bajar la cabeza, «dejar hacer»... Ellos tienen un papel que desempeñar; pero deben comprender mejor la posición y las aspiraciones de su hijo. Deben librar su combate, pero es un combate de «retaguardia», en la medida misma en que los padres sólo desean que su hijo triunfe en todos los terrenos.

Dr. Koupernik

L'École des parents - 4, Rue Brunel - Paris.

des
ses
tru
nif
exé
lo
pro
mie
no
tat
had
soe
de
P
nes
tes
ma
cer
es
cua
ria
cia
nes
de
el
L
est
plo
Cie
mu
ció
rar
cie
sie
pu
du
ta
xua
sin
me
lo
cua
niñ
la
ció